*Прочитайте текст и выполните задания 12–18. В каждом задании обведите цифру 1, 2, 3 или 4, соответствующую выбранному вами варианту ответа.*

El tío Ramón tenía un armario grande donde guardaba bajo llave su ropa y sus tesoros: una colección de revistas profesionales, cartones de cigarrillos, cajas de chocolates y licor. Mi hermano Juan descubrió la forma de abrirlo con un alambre enroscado y así nos convertimos en expertos ladrones. Si hubiéramos tomado unos pocos chocolates o cigarrillos, se habría notado, pero sacábamos una capa completa de bombones y volvíamos a cerrar la caja con tal perfección que parecía intacta y sustraíamos los cigarrillos por cartones, nunca por unidades o por cajetillas. El tío Ramón tuvo las primeras sospechas en La Paz. Nos llamó por separado, un niño a la vez, y trató de obtener una confesión o que delatáramos al culpable, pero no le sirvieron palabras dulces ni castigos, admitir el delito nos parecía una estupidez y en nuestro código moral una traición entre hermanos era imperdonable. Un viernes por la tarde, cuando regresamos del colegio, encontramos al tío Ramón y a un hombre desconocido esperándonos en la sala.

— Estoy cansado de la falta de honestidad que reina en esta familia, lo menos que puedo exigir es que no me roben en mi propia casa. Este señor es un detective de la policía. Les tomará las huellas digitales a los tres, las comparará con las marcas que hay en mi armario y así sabremos quién es el ladrón. Ésta es la última oportunidad de confesar la verdad...

Pálidos de terror, mis hermanos y yo bajamos la vista y apretamos los dientes.

— ¿Saben lo que les pasa a los delincuentes? Se pudren en la cárcel — agregó el tío Ramón.

El detective sacó del bolsillo una caja de lata. Al abrirla vimos que contenía una almohadilla impregnada en tinta negra. Lentamente, con gran ceremonia, procedió a mancharnos los dedos uno por uno y registrar nuestras huellas en una cartulina.

— No se preocupe, señor cónsul, el lunes tendrá los resultados de mi investigación — se despidió el hombre.

Sábado y domingo fueron días de sufrimiento fatal para nosotros, escondidos en el baño y en los rincones más privados del jardín contemplábamos en susurros nuestro negro futuro. Ninguno estaba libre de culpa, todos iríamos a parar a una cárcel donde nos alimentarían de agua sucia y mendrugos de pan duro, como al Conde de Montecristo. El lunes siguiente el inefable tío Ramón nos citó en su despacho.

— Ya sé exactamente quién es el bandido — anunció haciendo bailar sus grandes cejas satánicas. — Sin embargo, por respeto a su madre, que ha actuado en su favor, esta vez no lo mandaré preso. El criminal sabe que yo sé quién es. Esto queda entre los dos. Les advierto que en la próxima ocasión no seré tan benevolente ¿me han entendido?

Salimos a tropezones, agradecidos, sin poder creer tanta magnanimidad. No volvimos a robar en mucho tiempo. Hace dos años pensé mejor el asunto y me entró la sospecha de que el supuesto detective fuera un chófer del tío Ramón quien era bien capaz de hacernos esa broma.

El tío Ramón ha exigido que...

1. ...le dejen en paz.
2. ...no abran el armario sin su permiso.
3. ...le pidan perdón.
4. ...dejen de robar las cosas.